

7

HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA

La narrativa de la Inglaterra victoriana



Dirección: Juan Manuel Prado y Ricardo Rodrigo.

Dirección literaria: Luciano García Lorenzo, profesor de Literatura Española, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Dirección editorial: Jorge Lebedev, Virgilio Ortega.

Dirección técnica: Carlos Alfieri.

Coordinación: Mauricio Wacquez.

Dirección de arte: Angel Viola, Jordi Paris

Diseño de portada: TIEMPO BBDO.

Jefe de producción: Ricardo Prats.

Material gráfico: Allan Cash, Algar, C. Bevilacqua, B.N.G., J. Buesa, Colour Li-

brary International, Central Color, Cirani, DAN, Dulevant, Duretz, Four-Five, W. Hamilton, Iranzo, Kino, Lemonier, J. Lorman, Limbruner, Mariani, Miller, Messermitch, Myers, Publi-Aer-Foto, J. Novak, C. Rivas, P. Rotger, Scala, Sel. A. Tessore, J. Vilanova, Vidler, Tass, Archivo Salmer, Archivo Roger Viollet, Archivo Zardoya, Archivo R.B.A.

Edición para Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia.

Publicado por:

Editorial La Oveja Negra Ltda.
Carrera 14 No. 79-17
Télex 45369 Oveja Co.
Teléfonos 2368198 - 2181301
Bogotá, Colombia.

Impreso y encuadernado por
Carvajal S.A.
Calle 29 Norte No. 6A-40
Cali, Colombia.

Dirección editorial: José Vicente Katarain
Dirección general: Iván Gutiérrez Isaza.

Coordinación: Ramón Gerardo Solano B.
Asesoría editorial: Miguelangel Roldán

Dirección técnica: Ricardo Arango Dávila.

Dirección de arte: Procesos Creativos Gonzalo Antequera, Claudio Arango.

Montaje: Constanza Galvis.

Departamento de producción en Carvajal S.A.: Thomas Heyneck, Pedro Jaramillo, Eduardo Ramírez, Adolfo Victoria.

Editorial La Oveja Negra Ltda. y R.B.A., Proyectos Editoriales, S.A. 1982.

ISBN (fascículos) 84-8280-024-3

ISBN (obra completa) 84-8280-023-5

ISBN (volumen IV) 84-8280-028-6

La HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA se publica en forma de 100 fascículos de aparición semanal, cada uno de los cuales va acompañado de un libro. El fascículo consta de 16 páginas interiores, encuadernables, y de 4 cubiertas. Con el fascículo que completa cada uno de los 5 volúmenes de que se compone la obra, se pondrán a la venta las tapas para su encuadernación. Además, con las dos últimas páginas de las cubiertas se obtendrá el volumen EL AUTOR Y SU OBRA.

COLABORADORES DE LOS PRIMEROS VOLÚMENES:

Mario Vargas Llosa
Juan Goytisolo
José María Valverde
Carlos Miralles
Victoria Cirlot
Angel Crespo
Caridad Martínez

Camilo José Cela
Carlos Fuentes
José Fernández Sánchez
Isabel de Riquer
Carlos Alvar
Jordi Lamarca
Miguel Morey

Octavio Paz
Carlos Pujol
Emir Rodríguez Monegal
Carlos Vaillo
Pilar Gómez Bedate
Luis Izquierdo
F. J. Hombravella

PRÓXIMOS TÍTULOS:

VOLUMEN IV

Fascículo 6

Dickens y la novela de la Revolución Industrial

Fascículo 7

La narrativa de la Inglaterra victoriana

Fascículo 8

Los primeros maestros norteamericanos (I)

Fascículo 9

Los primeros maestros norteamericanos (II)

Fascículo 10

Emile Zola y el naturalismo

VOLUMEN IV

Libro 6

Charles Dickens: *Tiempos difíciles*

Libro 7

R. L. Stevenson: *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*

Libro 8

Edgar A. Poe: *Aventuras de Arthur Gordon Pym*

Libro 9

Herman Melville: *Benito Cereno/Billy Budd, marinero*

Libro 10

Emile Zola: *Nana*

NOTA DE LOS EDITORES

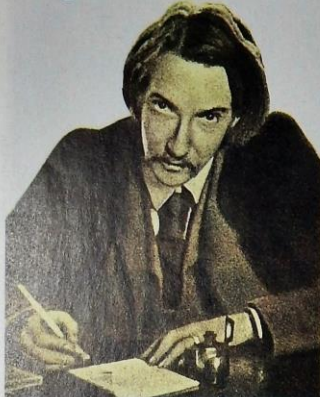
La HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA es una historia temática que empieza con el análisis de las primeras manifestaciones escritas y llega hasta los autores y obras de nuestros días. Hemos preferido iniciar la colección con los fascículos y libros correspondientes al VOLUMEN IV (LA LITERATURA DEL SIGLO XIX), porque entendemos que se trata de un período que ha marcado de manera definitiva la sensibilidad del lector contemporáneo. Al VOLUMEN IV seguirá la publicación del VOLUMEN V (LA LITERATURA MODERNA) y luego la de los VOLÚMENES I (DE LA ANTIGÜEDAD AL RENACIMIENTO), II (DEL RENACIMIENTO AL CLASICISMO) y III (DEL CLASICISMO AL ROMANTICISMO).



Aventura e imaginación en la Inglaterra victoriana

Para muchos de sus visitantes, la Gran Exposición Universal de Londres de 1851 fue un símbolo de los asombrosos resultados de medio siglo de esfuerzos: la consagración definitiva del industrialismo; el progreso, en una palabra, substanciado bajo las brillantes y amplias bóvedas del Palacio de Cristal. En este gran templo dedicado al culto de la máquina, los londinenses, provincianos y campesinos llegados de todos los rincones de Inglaterra pudieron contemplar a un precio módico complicadísimas obras de ingeniería; puentes levadizos, buques de vapor, resplandecientes locomotoras y telares en acción. Allí estaba también la afirmación de las artes y las ciencias, la industria, el comercio y un sinfín de fruslerías que, sin orden y concierto, llenaban las naves y avenidas del espacioso recinto. Al día siguiente de inaugurada la feria, el 1 de mayo, el periódico *Times* describió en términos visionarios el fausto acontecimiento presidido por la Reina Victoria: «A algunos, aquello les hacía pensar en el día en que todas las eras y los tiempos se reunirían junto al trono del Hacedor». Los tres decenios subsiguientes a esta fecha marcarían un tiempo memorable que los historiadores coinciden en llamar la época dorada del reinado de Victoria.

Complacencia y optimismo son las palabras que mejor definen la era victoriana. Resulta difícil desligar el epíteto «victoriana» del nombre «moral». Ambos vocablos juntos pueden evocar a las mentes de hoy un cúmulo de asociaciones bastante antipáticas. Por ejemplo: virtudes como la honestidad y la laboriosidad se concebían como medios para lograr la tan deseada prosperidad material; la norma de guardar las apariencias llegaba a límites exacerbados; y una mojigatería extremada corría un tupido velo de-



Fotografía de Robert Louis Stevenson tomada por Lloyds Osbourne en 1885.

Muchos escritores ingleses procedían de provincias, pero la capital, Londres, los aglutinaba alrededor de los grandes centros de interés literario.

lante de las cuestiones relacionadas con el sexo. Como es lógico suponer, esta ética rígida y falta de sentido del humor generó sus propios antídotos: voces, como las de la literatura, dispuestas a poner de manifiesto la arteriosclerosis de una moral afectada por el frenético deseo de riqueza.

Algunos escritores habían satirizado, cuando no denostado, los usos y abusos sociales de la época precedente. Razón de más si se piensa que la opinión de la primera mitad del siglo XIX no veía con optimismo la situación y perspectivas de Inglaterra. Ahora añadirán, hasta cierto punto, una sordina al auge económico alcanzado en esta segunda mitad, sin perder, por supuesto, la dosis crítica, documental y lúdica que ha caracterizado siempre la literatura de este país. En cuanto a la novela comprendida aproximadamente entre 1850 y 1870, ni el más pequeño intervalo la separa de la etapa anterior. Y dentro de los



Bevilaqua/Archivo Salmer

cauces del realismo —no obstante muy distinto a lo que había sido en años anteriores, ya que ahora se acompañará de un análisis de la realidad introspectiva del hombre y de consideraciones propedéuticas ante la existencia de un entorno que es imposible eludir—, este género literario demostrará ser un excelente bisturí para la disección de individuos y sociedades.

Novela social

Entre los novelistas de esta época destaca Elizabeth Gaskell —de soltera Elizabeth Cleghorn Stevenson—. Nació en Cheyne Walk Chelsea, el 29 de septiembre de 1810. Se casó con el reverendo William Gaskell en 1832 en Manchester con el que fue feliz y tuvo siete hijos. Tres murieron y la muerte

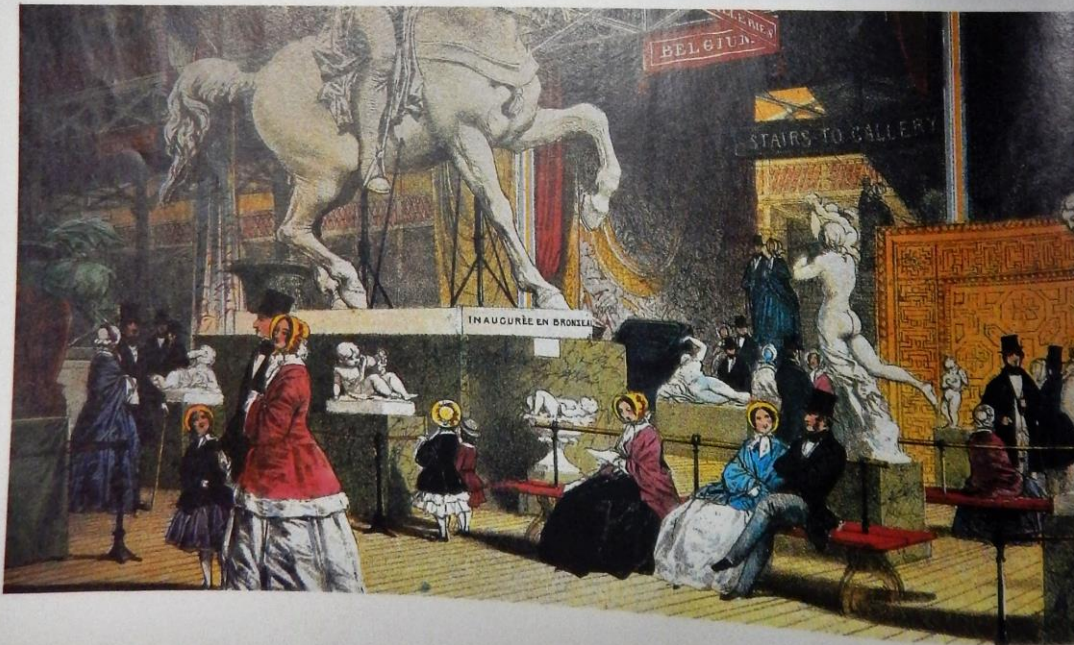


Foto: Archivo RBA

Fotografía de Stevenson con su madre, Mrs. Thomas Stevenson, cuando el escritor contaba cuatro años de edad.

La Gran Exposición de 1851 representó una muestra de la expansión industrial de Inglaterra y del esfuerzo tecnológico que haría avanzar el capitalismo.

del único varón fue en especial penosa para la familia. Fue entonces cuando, aconsejada por su marido que la notaba falta de distracción, la señora Gaskell empezó a escribir. Su primera novela *María Barton, una Historia de la Vida de Manchester* (*Mary Barton, a Tale of Manchester Life*, 1848) incomodó a más de uno por la descripción de las condiciones de trabajo en las fábricas de textiles. La confrontación entre John Barton, operario hábil y honrado, y Carson, el cruel industrial, inicia una serie de melodramáticos episodios que intentan demostrar el horror de la lucha de clases y la necesidad de potenciar el sentido humanitario en nombre de la caridad cristiana. El éxito de *Mary Barton* atrajo la atención de Dickens, quien propuso a la autora colaborar en la revista *Household*



Beilacqua/Archivo Salmir

Words. El resultado fue la serialización de unas narraciones breves que en 1853 salieron agrupadas bajo el título de *Cranford*.

En *Norte y Sur* (*North and South*, 1855), la autora aborda de nuevo el mundo de los conflictos sociales (en particular el desentendimiento existente entre los trabajadores industriales del norte de Inglaterra) de la burguesía comerciante y de la aristocracia de las regiones meridionales. Seis años después de concluir la biografía *Vida de Charlotte Brontë* (*Life of Charlotte Brontë*, 1857), reanuda el cultivo de la novela con *Los Amantes de Silvia* (*Sylvia's Lovers*) y *La Prima Phillis* (*Cousine Phillis*). La muerte no le dejó concluir a la señora Gaskell *Esposas e Hijas* (*Wives and Daughters*, 1866).

«Indocta calidad moral»

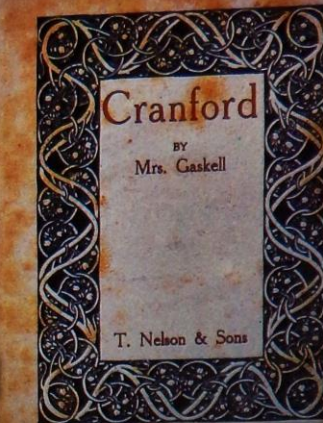
La pintura de caracteres matizada de ricos tonos psicológicos y la nitidez de las observaciones coloreada con discretos toques humorísticos preludian, en cierto modo, las realizaciones de otra escritora: George Eliot, con quien la novela alcanzará una categoría intelectual que hasta entonces no había gozado.

Dickens tenía tras de sí una dilatada carrera literaria cuando George Eliot, seudónimo de Mary Ann Evans debutó, a los treinta y nueve años de edad, en el mundo de la narrativa con tres relatos, *Escenas de la Vida Clerical* (*Scenes of Clerical Life*, 1858). Adoptó el seudónimo masculino de George Eliot para escapar de los prejuicios contra las mujeres escritoras y evitar críticas; pero recién publicada su segunda novela, *Adam Bede*, la revista *The Athenaeum* acusó al autor de ser «una mujer lista de ojos observadores y de indocta calidad moral». *Adam Bede*, mostrando un mayor oficio literario, ahonda en la psicología de los tres personajes que dominan la acción de la historia:



Ilustración y frontispicio de *Cranford*, recopilación de narraciones breves de Elizabeth Gaskell que fue publicada en 1853.

El caso de Elizabeth Gaskell es inhabitual en la literatura, puesto que en ella se dan más los elementos de una buena ama de casa que los de una escritora. Pese a ello, la calidad de sus relatos la sitúa en un puesto destacado entre sus contemporáneos.

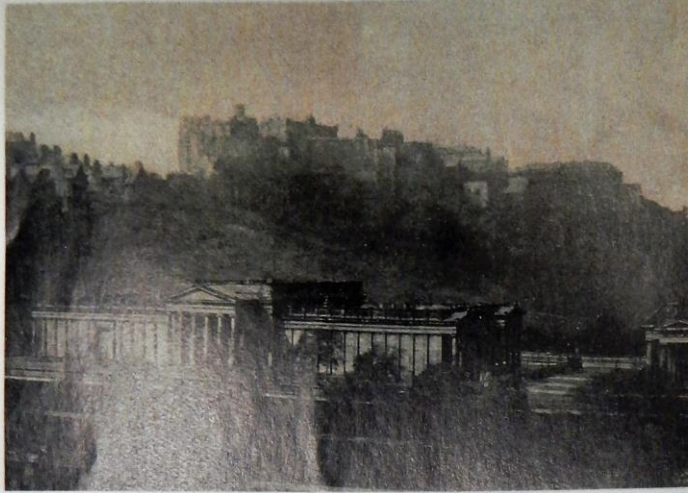


Adam, el carpintero, y Hetty Sorrel, a quien, seducida por el hijo del *quire* local Arthur Donnithorne, se la acusa de infanticidio y sólo en el último instante le conmutan la pena de muerte. Un notable avance respecto a las anteriores es *El Molino junto al Floss* (*The Mill on the Floss*, 1860). Casi un tercio de sus seiscientas páginas constituyen un penetrante estudio de la infancia de Maggie Tulliver en contraste con la de Tom, inspirado en la relación de la autora con su querido hermano Isaac. Menos convincente resulta *Romola* por estar ambientada en la Florencia de Savonarola pero con unos personajes afectados más por las virtudes y defectos propios de la era victoriana que por los de la Italia del Renacimiento.

Pese a que su autora lo consideraba una especie de relato legendario, *Silas Marner* transcurre en un pasado cercano a su infancia y en la región que la vio nacer: las Midlands. Acusado injustamente de un robo e incapaz de probar su inocencia, el tejedor Silas abandona la gran ciudad para buscar refugio en Raveloe, pueblecito perdido en la espesura del bosque; allí, al lado de la huermanita Eppie, recobrará la confianza en el género humano. En el mismo tiempo y en parecido lugar, se desenvuelven las escenas de *Felix Holt, el radical* (*Felix Holt, The Radical*), epónimo del protagonista que adolece de la sencillez emocional de Silas y Eppie. *Middlemarch* (1861), para muchos la gran obra de George Eliot, tiene una doble trama, que enlaza una

Lerman/Archivos Salmer

Lerman/Archivos Salmer



Vista de Edimburgo, ciudad natal de Stevenson, en un grabado del siglo XIX. En primer término, la National Gallery; al fondo, el Castle Rock.

serie de interesantes acontecimientos de la vida de provincias anteriores a la Ley de Reforma de 1832, tales como la mejora sanitaria, la expansión del ferrocarril y los cambios en la producción agrícola y ganadera. Dos matrimonios pueblan la mayor parte de esta atmósfera social e histórica: la emotiva Dorothea que, por satisfacer

sus ansias intelectuales se casa con el erudito Casaubon, hombre mayor que ella y, en realidad, de escasas luces intelectuales, y el doctor Lydgate, que ve truncadas las perspectivas de una prometedora carrera científica a causa de la unión con la bella pero egoísta Rosamond. Completan el cuadro humano una extensa galería

de figuras locales —no en vano, la novela lleva por subtítulo *Un Estudio de la Vida de Provincias (A Study of Provincial Life)*—, la mayoría de ellas son espíritus intransigentes cuyas opiniones pronostican uno de los temas claves de la historia: el conflicto entre la tradición y el progreso, tema suscitado por la sistemática y casi irracional oposición del pueblo de Middlemarch a todo lo que represente cambio o innovación foránea. En *Daniel Deronda*, título de su última novela, un joven e inteligente inglés se consagra a la causa del sionismo cuando descubre su origen judío.

A excepción de *Romola* y *Daniel Deronda*, el resto de las novelas de George Eliot remiten al lector a

Tennyson y la poesía de su época

La muerte de lord Tennyson, el 6 de octubre de 1892, señala un hito en el movimiento poético de Inglaterra: el fin del reinado del verso victoriano que Tennyson había presidido durante más de cuarenta años. Pese a la tendencia actual de minimizar la figura de los representantes poéticos de aquella época, no pueden soslayarse los nombres mayores de Wordsworth —para comenzar nombrando al más grande—, de Dante Gabriel Rossetti, de Edward Fitzgerald, de Robert Browning, de Elizabeth Barrett y de Matthew Arnold, todos ellos desaparecidos en el momento de la muerte de Tennyson, y de aquellos que lo sobrevivieron por algunos años, William Morris y Algenor Charles Swinburne. Hay que señalar, sin embargo, que el mismo año de 1892 apareció una antología que reunía trabajos de Lionel Johnson, Ernest Dowson, Arthur Symons y Richard le Galienne, poetas

surgidos del corazón de la era victoriana; sin olvidar a Rudyard Kipling, cuyos poemas —el célebre *If*, entre otros—, conocieron una popularidad no muy acorde con su bondad poética. A ellos habría que agregar los nombres de Coventry Patmore, Alice Meynell, Richard Watson Dixon, Francis Thompson, William Ernest Henley, T. E. Brown, John Davidson, William Blunt, Austin Dobson, William Watson, Herbert Trench y lord Alfred Douglas.

Pero lo que es necesario resaltar aquí —o acaso sólo mencionar—, son las figuras que comenzaron a crear en los últimos lustros del reinado de Victoria: Robert Bridges (1844-1930), poeta que en 1890 publicó *Poemas breves* y en 1929, *Nuevos poemas* y *El testamento de la Belleza*. También Bridges ostentó el título de Poeta Laureado, herencia simbólica de Tennyson, que lo había exhibido durante las últimas décadas del siglo XIX. En

Bridges se admira cierto tono literario de mesura y lirismo, una indudable excelencia técnica y una actitud ante la vida, sana y prudente, aunque algo tibia y académica. Sus numerosos ensayos sobre la literatura y el idioma, revelan un estilo erudito y penetrante; A. E. Housman (1859-1936), cuya colección *El muchacho de Shropshire* apareció en 1896; y William Ernest Henley, que fue amigo de Stevenson.

Existen otras personalidades literarias cuya inclinación por la poesía es menor que por la de otros géneros, aunque no menos importante. Es el caso de Thomas Hardy, novelista y autor de versos de calidad; del también novelista George Meredith; y de R. L. Stevenson. Asimismo, el ensayista Edmund Gosse escribió poemas singulares. Y Oscar Wilde, cuya labor como dramaturgo y narrador estuvo siempre combinada con el ejercicio de la más alta poesía.

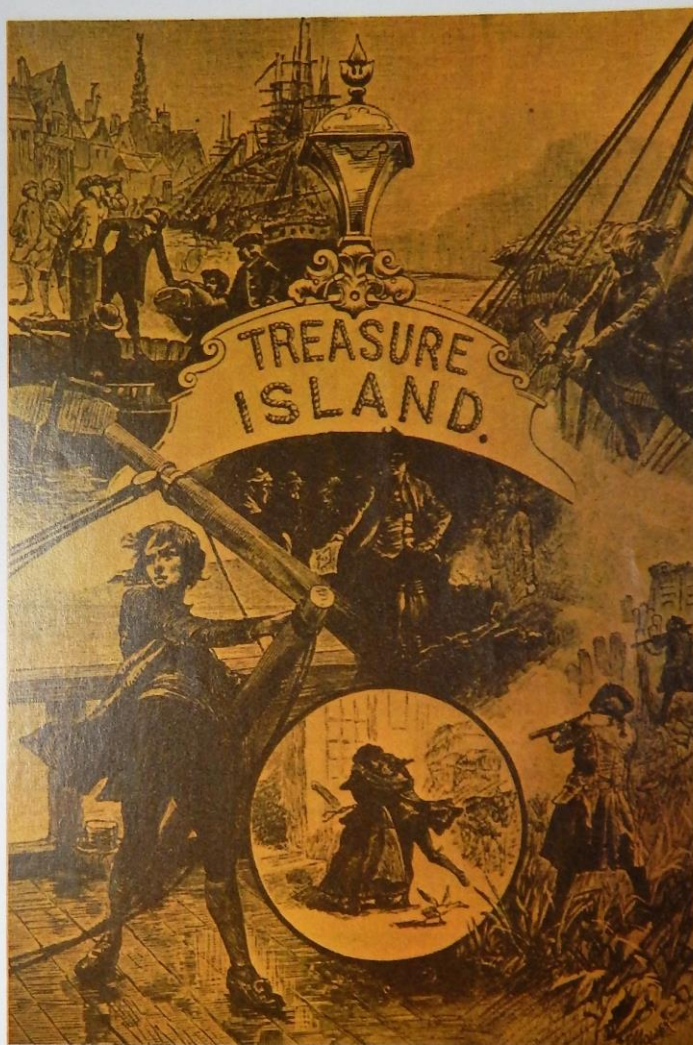
Frontispicio de la primera edición de *La isla del Tesoro* que muestra diversos episodios de la trama: La despedida, el avituallamiento, Jim recupera el barco, la defensa del fortín.

un período de la historia inglesa comprendido aproximadamente entre 1780 y 1835, unos años en que todavía la vida transcurría sin grandes sobresaltos. La mirada un tanto nostálgica hacia las sencillas formas de la vida rural en *Escenas de la Vida Clerical* o *El Molino junto al Floss* se irá mezclando paulatinamente con las preocupaciones sociales y políticas de *Félix Holt* y *Middlemarch* siendo finalmente absorbidas por estas últimas en *Daniel Deronda*.

Otros nombres

Antes de aparecer las personalidades más significativas que marcan el período de transición de la novela victoriana a la moderna, Thomas Hardy, Henry James y Joseph Conrad, la novelística inglesa, siguiendo el movimiento ascendente de las mejoras sociales, se enriquecerá con un elevado número de nombres que, dejando señales de talento nada despreciable, no llegará, sin embargo, a eclipsar el brillo de los grandes genios: Charles Dickens, William Thackeray, Anthony Trollope, las hermanas Brontë y George Eliot. La tónica dominante seguirá siendo el realismo que, como forma de presentación de lo novelesco, se apropia de las parcelas reservadas a la sensibilidad romántica: la «vida natural», el «idilio rural» y la «evocación histórica».

Por coincidir cronológicamente con muchas de las obras anteriormente citadas y con el criterio suficientemente amplio en cuanto a los logros artísticos, un repaso de la literatura de estas décadas permite hacer referencia, aunque breve, a *Nunca es demasiado Tarde para Enmendarse* (*It's never Late too Mend*, 1856) de Charles Reade. El libro es una elocuente condena de las torturas practicadas en las cárceles inglesas, repleto de información



Pope/Archivo RBA

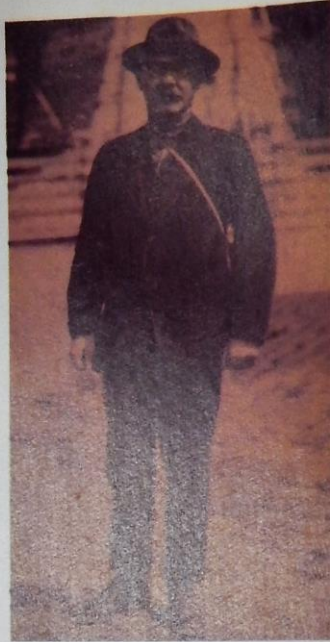
sobre acontecimientos reales entresacados de periódicos, informes y opiniones personales. El autor era un popular dramaturgo, hecho que se patentiza en el gusto por lo melodramático y la utilización del diálogo. En otra novela, *Dinero Contante y Sonante* (*Hard Cash*, 1863), denuncia los abusos de los manicomios. Lejos de la fantasía de Dickens o de la intelectualidad de Eliot, Reade tiene, no obstante, la habilidad de mantener la tensión lectora a la par que propone soluciones concretas a las lacras sociales de su tiempo.

En la novela de reminiscencias autobiográficas, *El Camino de todo lo Carnal* (*The Way of All Flesh*, 1873-1875), Samuel Butler vivisecciona la vida de los Pontifex, prototipo de la familia convencional victoriana. Hijo de clérigo y nieto de obispo anglicano, el autor sufrió los rigores de la tutela paterna. Las cartas de Theobald Pontifex a Ernest son una casi fiel transcripción de las cartas de Butler padre a su hijo Samuel. Obra desigual desde el punto de vista literario, *El Camino de todo lo Carnal* merece recordarse como un admirable compendio de la pre-

sunción de toda una época a través de tres generaciones.

Como la mayoría de los escritores tratados hasta ahora, George Gissing utilizó la experiencia íntima entroncada con la realidad del entorno. Hombre de indudable talento intelectual cambió las perspectivas de un brillante porvenir científico por un desafortunado amor con una prostituta. Tras cumplir unos meses de prisión acusado de robo, residió temporalmente en Estados Unidos donde, en vano, probó fortuna. De regreso a Inglaterra, la mala suerte continuó cebándose en su persona hasta que la pobreza y la enfermedad aceleraron su muerte en 1903 a los cuarenta y seis años.

Reflejo del inicial radicalismo socialista del autor, la primera novela, *Trabajadores en el Amanecer* (*Workers in the Dawn*, 1880) tiene por objeto «describir las horribles injusticias de nuestro entero sistema social, dar con la manera de modificarlo». El extremis-



Regre Viollet/Archivo Zandora

Rudyard Kipling enriqueció la literatura de imaginación con sus relatos sobre la India.

Los ingleses saboreaban el exotismo de los relatos que sus escritores componían a lo largo del Imperio, pero en la metrópoli sus modos de vida permanecían invariables.

Portada de El libro de las tierras vírgenes, edición de 1904.



Bentley/Archivo Salmer

mo se atempera en *Los Inclasificados* (*The Unclassed*, 1884) para desembarcar finalmente en el más estricto conservadurismo de *Demos* (1886). Entretanto y hasta la publicación de *Los Documentos Privados de Henry Pyecraft* (*The Private Papers of Henry Pyecraft*, 1903), especie de ensamblaje de ensayos, diarios y reflexiones íntimas de intención autobiográfica, Gissing escribió otros varios volúmenes sin añadir nada nuevo al pesimismo de su mejor novela *La Calle New Grub* (*New Grub Street*, 1892).

Además del pesimismo, el rechazo a las creencias corrientes, el desprecio a la clase trabajadora, un cierto apiadamiento de sí mismo resume la nota más persistente de sus libros. Cumple reconocer, según se ha destacado, que Gissing fue el cronista de vidas en las que el éxito no tiene cabida y uno de los primeros en abordar la psicología del sexo abiertamente. Leyó a los realistas franceses, a Turgéniév y Dostoievsky, sintiendo una especial



El Libro de las Tierras vírgenes

ESCRITO POR
RUDYARD KIPLING

TRADUCIDO POR
RAMÓN D. PERÉS



Loramus/Archivo Salmer



Beilacqua/Archivo Salmer

devoción por Dickens y por las doctrinas del arte por el arte.

Nutridas son las filas de escritores que usaron la novela para la reivindicación de reformas sociales, algunos de los cuales cruzan el umbral para entrar de lleno en el siglo XX. Citemos tan sólo algunos nombres tales como Walter Besant, Richard Whiting, Arthur Morrison e Israel Zangwill quienes expusieron sin disimulos las desgracias de las clases más abandonadas.

El revés del espejo

Otro grupo de novelistas también numeroso vino a satisfacer las demandas de un público lector cada vez más interesado. Arbitrariamente y por cuestiones de simplificaciones se puede delimitar este grupo en tres zonas cuyos linderos no se excluyen sino, antes al contrario, se complementan y entrecruzan entre sí: la literatura femenina, los relatos infantiles, los relatos de aventuras y la novela sensacional o de crimen.

A medida que los centros superiores de enseñanza abrían sus puertas a la mujer, la creencia en la pretendida inferioridad intelectual del «sexo débil» desaparecía de las mentalidades progresistas. Una vez más la novela será el instrumento idóneo para

La guerra de Crimea fue una de las muchas en las que intervino Inglaterra a lo largo del siglo XIX. «Ataque de los aliados a Sebastopol».

George Eliot, seudónimo masculino utilizado por Mary Ann Evans para firmar sus novelas, debido a los prejuicios contra las mujeres escritoras.



Lorman/Archivo Salmer

llevar a la palestra de la discusión la defensa de la independencia emotiva, legal y económica. Fueron algunos representantes de este tipo de literatura Oliver Schreiner, Humphrey Waid y Robert Elsemer.

De su parte, la escolarización tuvo un doble efecto: liberó a los niños de las durísimas jornadas de trabajo y contribuyó a la proliferación de libros y revistas destinados a la diversión de los menores. Salta en seguida a la vista el preceptor de matemáticas Charles Dogson más conocido por Lewis Carroll (1832-1898). La popularización de su famoso cuento *Alicia en el País de las Maravillas* (*Alice's Adventures in Wonderland*, 1865), en cierta medida se debió a las ilustraciones del dibujante Sir John Tenniel pero, sobre todo, a la desbordante y extraña imaginación del autor. Un sueño, el de Alicia, es el punto de partida del fantástico viaje al centro de la tierra al que la tierna protagonista llega persiguiendo un pequeño conejo blanco. Allí todo puede ocurrirle desde empequeñecerse o engrandecerse por comer una torta o beber un licor, hasta presenciar como el gato de Cheshire aparece y desaparece a voluntad no sin antes dejar su risa suspendida en el aire. Otros acontecimientos memorables son la asistencia de la heroína

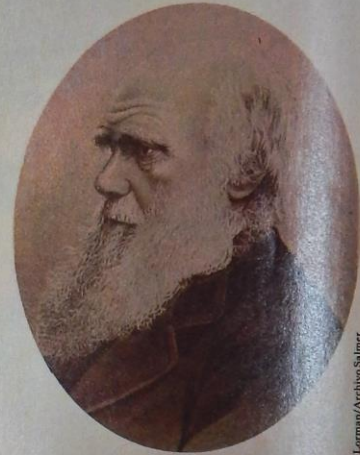
La recepción de *El Origen de las Especies*, de Darwin

Frente a la creencia de que las especies eran inmutables, la transformación gradual de los animales y plantas se fue imponiendo como intuición cada vez más extendida entre los naturalistas de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Fue, no obstante, Darwin quien dio una explicación convincente de cómo se producían las transformaciones de la naturaleza. Su gran obra *El Origen de las Especies* (*The Origin of Species*, 1859) es el crisol donde las investigaciones precedentes y coetáneas se funden en fórmula clara y sistemática. Representa la madurez intelectual de un científico que, habiendo aguardado el momento oportuno para su publicación, supo expresar con carácter de ley permanente el mecanismo capaz de mostrar la transformación de los organismos. Esta ley es el famoso principio de «selección natural» o «la supervivencia del mejor adaptado». Las observaciones científicas de Lamarck, Goethe, Erasmus Darwin (abuelo de Charles Darwin) y otros transformistas apuntaban la opinión de que la morfología actual de los animales y las plantas era el resultado de unos cambios imputables ya a los agentes ambientales, ya a variaciones espontáneas o mutaciones. La teoría de Darwin fue asimismo fruto del período histórico de los grandes cambios económicos y sociales que le tocaron presenciar. Sabido es que con el auge del mercantilismo, la expansión industrial y el aumento de producción, Inglaterra incrementó su población. Relacionando estadísticamente las posibilidades de manutención con la indigencia de la población, siempre en aumento, Malthus observó que ésta se multiplicaba en progresión geométrica, de modo que el número de individuos que nacían en cada generación excedía las perspectivas de supervivencia. Se entablaba, por consiguiente —razonaba Malthus—, una batalla perpetua por la vida entre animales y plantas no sólo de la misma, sino de distintas especies. La

muerte era el castigo para el que perdía en ese incesante batallar cíclico por la supervivencia, castigo que sólo engrosaba la vida de otro ser.

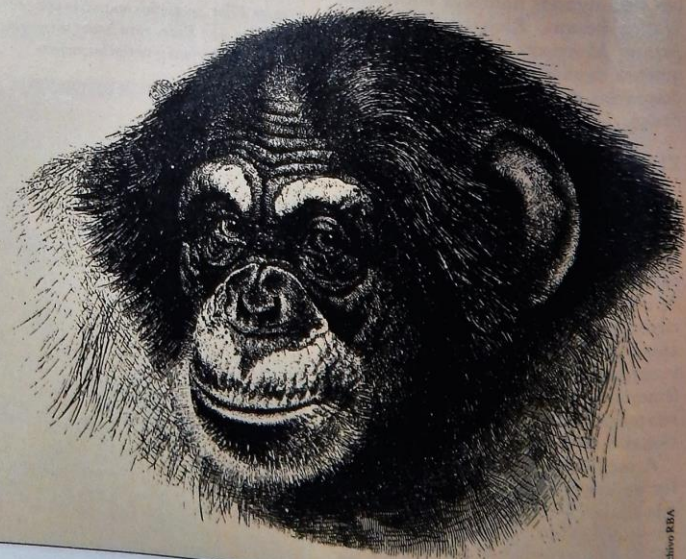
Darwin llamó a este mecanismo «selección natural» queriendo indicar que la Naturaleza tamiza a los mejores individuos de cada generación; y éstos, conforme a las leyes de la herencia, transmiten los rasgos favorables a sus sucesores. Se produce, entonces, la «supervivencia del mejor adaptado», expresión que Darwin tomó de Spencer. De ello se sigue que los individuos que perpetúan la especie están mejor equipados para enfrentarse al ambiente que les envuelve. La adaptación al medio es, pues, el criterio primordial de la supervivencia de la especie.

Aún hoy es costumbre asociar *El Origen de las Especies* con la idea de que el hombre descende del mono. Contrariamente a lo supuesto, Darwin no aplicó la teoría de la



Lernmar/Archivo Salmer

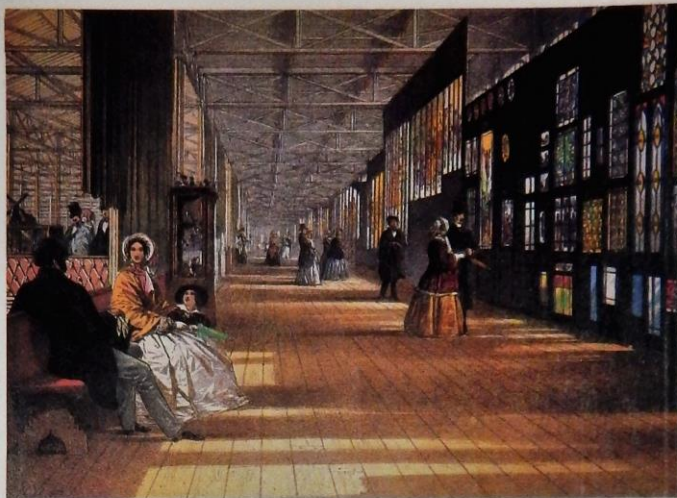
El peso cultural de la teoría evolucionista de Charles Darwin venció todos los obstáculos de tipo religioso, e incluso científico, que encontró en su camino. Mucho tiempo estuvo condenada por la Iglesia y una gran parte de sus colegas la descalificó por falta de rigor científico.



Archivo BBA

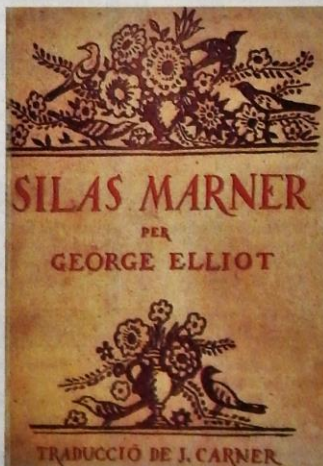
selección natural al hombre. Esperó todavía doce años y, cuando afrontó el tema, jamás dijo que el hombre fuera descendiente lineal de los primates inferiores. Es innegable que en *El Origen* se infiere que toda ley que afecte a la totalidad de la comunidad orgánica habrá de afectar lógicamente a su máximo representante. Sin embargo, Darwin evita todo enunciado abierto del hombre descendiendo de una especie preexistente. Tal vez, intuendo la polvareda que por sí solas iban a levantar la mutabilidad de las especies y la ley que la preside, prefirió guardar el tema para un libro posterior: *El Origen del Hombre* (*The Descent of Man*), en donde cimentaría en exclusiva la tan delicada cuestión de la animalidad del máximo representante de la creación.

La hipótesis de la transformación gradual de la materia viva no sólo se oponía a lo expuesto en el *Génesis*, sino que también contrariaba el orgullo victoriano anclado en la imagen de Adán creado a semejanza de Dios. La primera manifestación importante de los científicos ante las teorías de Darwin tuvo lugar en el memorable congreso de la «Asociación Británica para el Avance de la Ciencia» (*British Association for the Advancement of Science*) en 1860. Defensores y detractores se dieron cita encabezados los primeros por Thomas Henry Huxley, llamado el «Bulldog de Darwin» en honor a su fisonomía y a la defensa de Darwin, y los segundos por Richard Owen y el obispo Wilberforce. La biografía de Huxley consigna los momentos más tensos de la discusión. Maestro en sofisterías, Wilberforce se propuso ridiculizar a Darwin, ausente del congreso, y dirigiéndose a Huxley, le preguntó si era por parte de abuela o parte de abuelo que reclamaba los derechos de sucesión al mono. La respuesta del científico no se hizo esperar; fue contundente: «Prefiero ser un mono perfeccionado antes que un Adán degenerado.»



La Exposición de 1851 no se limitó a exhibir los progresos de la tecnología y de la industria. También dio cuenta de los adelantos del arte, como una manera de anunciar al mundo que el romanticismo había sido superado.

Portada de una edición catalana de Silas Marner, de George Eliot, traducción de Josep Carner (Biblioteca de Cataluña).



al té de la liebre o la partida de croquet de la Reina de Corazones o la asistencia al proceso de una sota acusada de haber robado una pasta. Objetos, animalillos y seres extraños se mueven, hablan y se transforman, lo que infiere a lo cotidiano una dimensión inquietante, absurda y grotesca. En *A Través del Espejo* (*Through the Looking Glass*, 1871) continuarán las inesperadas aventuras, pero ahora en el país que se extiende más allá del azogue de un espejo.

Más adelante, la excelente conocedora de los gustos infantiles «E. Nesbit» entretuvo sin estridencias ni sobresaltos a la infancia de finales de siglo, sin alcanzar, empero, la popularidad permanente de Lewis Carroll. De su copiosa producción quedan en el recuerdo de muchos ingleses títulos tan expresivos como *La Historia de los Buscadores de Tesoros* (*The story of the Treasure Seekers*, 1899) y *Los Niños del Ferrocarril* (*The Railway Children*, 1906).

Por los caminos de la imaginación

A pesar de tener una salud muy precaria, Robert Louis Stevenson viajó infatigablemente por diversas partes del mundo de las que recaudó material para sus ensayos e inspiración para sus relatos. Las memorias de su infancia nos retrotraen a un niño enfermizo y excitable al cuidado de Alison Cunnighan, la querida «nurse» («mi segunda madre, mi primera



Lorran/Archivo Sainier

esposa»). De pequeño, Robert pasaba las noches en vela, atormentado por los accesos de tos y perseguido por horribles pesadillas que luego describió en sus cuentos. Su juventud no fue mejor. Con todo, estudió derecho en su Edimburgo natal y empezó a enviar artículos a varias revistas londinenses. Su primer libro fue *Viaje a Tierra dentro* (*Inland Voyage*, 1878), en donde describe el viaje en canoa por

La maestría de William W. Collins está ampliamente demostrada en su novela *La piedra lunar*, obra que ha conocido un redescubrimiento en los últimos años.

Francia e Inglaterra sobre el que el autor escribió en el prefacio: «Un libro sin importancia desde el punto de vista filosófico, pero confío en que su excentricidad guste en los ambientes frívolos». Le siguió *Viajes con un Burro por los Cevennes* (*Travels with a Donkey in the Cevennes*, 1879) que muestra el gusto por los personajes locales y el detalle pintoresco no exento de humor.

Inglaterra de 1851 a 1900: Cronología comparativa

| | LITERATURA | POLÍTICA Y SOCIEDAD | ARTE Y PENSAMIENTO | CIENCIA Y TÉCNICA |
|-------------|--|---|--|---|
| 1851 | 1852 Dickens: <i>Casa desolada</i> 1853 Ch. Brontë: <i>Villete</i> 1854 Dickens: <i>Tiempos difíciles</i> | 1852 Cae el Gobierno de Russel. Asume Derby 1854 Estalla la Guerra de Crimea | 1851 William Holman Hunt pinta <i>Claudio e Isabel</i> 1853 John Ruskin: <i>Las piedras de Venecia</i> | 1853 Remak descubre la división de la célula 1854 Boule: <i>Las leyes del pensamiento</i> (comienzos de la Lógica Simbólica) |
| 1855 | 1855 Tennyson: <i>Maud</i> 1856 n. Bernard Shaw 1858 Dickens: <i>Historia de dos ciudades</i> 1859 G. Eliot: <i>Adam Bede</i> | 1855 Cavour decide prestar ayuda a Inglaterra 1857 Guerra con China 1858 Se deroga la ley de incapacidad de los judíos | 1856 n. John Sargent 1859 William Morris pinta <i>La reina Ginebra</i> 1859 John Stuart Mill: <i>Sobre la libertad</i> | 1859 Darwin: <i>El origen de las especies</i> |
| 1860 | 1860 G. Eliot: <i>El molino sobre el Floss</i> 1864 R. Browning: <i>Dramatis personae</i> | 1860 Tratado de Pekín 1861 Muerte del príncipe Alberto, marido de Victoria 1864 Inglaterra entrega las Islas Jónicas a Grecia | 1861 Stuart Mill: <i>Consideraciones sobre el gobierno representativo</i> 1862 Whistler pinta <i>Niña de blanco</i> | 1861 Stuart-Mill: <i>Sobre el utilitarismo</i> 1862 Lister introduce la cirugía antiséptica |
| 1865 | 1865: L. Carroll: <i>Alicia en el País de las Maravillas</i> 1866 n. H. G. Wells 1868 n. Galsworthy, Collins: <i>La piedra lunar</i> | 1867 Expedición a Abisinia 1868 Gladstone es nombrado primer ministro 1869 Inglaterra intenta pacificar Irlanda | 1865 Ford Madox Brown pinta <i>El trabajo</i> 1869 Stuart Mill: <i>Sobre la sujeción de la mujer</i> | 1865 Stuart-Mill: <i>Estudio sobre la filosofía de Hamilton</i> 1869 Albert inventa la técnica del heliograbado |
| 1870 | 1870 Rossetti: <i>La casa de la vida</i> 1871 G. Eliot: <i>Middlemarch</i> 1874 Thomson: <i>La ciudad de la noche trágica</i> | 1870 Ley agraria irlandesa 1873 Se crea el Tribunal Supremo 1874 Disraeli reforma la administración | 1872 Rossetti pinta <i>Saluda en el prado</i> 1874 Whistler pinta <i>Retrato de Miss Alexander</i> | 1871 Darwin: <i>La descendencia humana y la selección sexual</i> |

Una ilustración para Los peregrinos del Rin, de Bulwer Lytton, Lord Lytton. Grabado de David Roberts de 1866: «Rotterdam: Iglesia de San Lorenzo y el puerto» (Biblioteca de Cataluña).



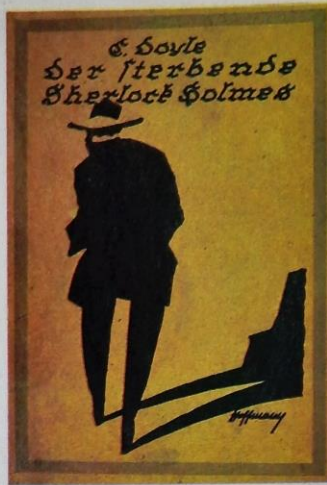
Lorran/Archivo Salmer

En 1879, Stevenson emprendió una expedición a California que casi le costó la vida. Y un año después se casó con Fanny Osbourne en quien además de compañera encontró una excelente crítica de su obra. De regreso a Europa buscó algún lugar para restablecerse de su tuberculosis galopante, viajando por Suiza, Provenza, Hyères y sur de Inglaterra; pero la búsqueda fue infructuosa. Entretanto

| | LITERATURA | POLÍTICA Y SOCIEDAD | ARTE Y PENSAMIENTO | CIENCIA Y TÉCNICA |
|-------------|---|--|--|---|
| 1875 | 1875 Hopkins: <i>El naufrago del Deutschland</i> 1879 Meredith: <i>El egoísta</i> | 1875 Ley de Sanidad 1876 Parnell, irlandés, es elegido miembro del Parlamento 1877 Disraeli, par del Reino | 1875 Thomas Carlyle: <i>Ensayo sobre los retratos de John Knox</i> 1876 William Morris pinta la tapicería Pimpernel | 1878 Crookers demuestra que los rayos catódicos se desplazan en línea recta |
| 1880 | 1881 Rossetti: <i>Baladas y sonetos</i> 1882 Stevenson: <i>La isla del tesoro</i> | 1880 Gladstone sustituye a Disraeli 1881 Parnell agita la cuestión irlandesa | 1880 Burne-Jones pinta <i>La escala de oro</i> 1882 John Sargent pinta <i>La dama de la rosa</i> | 1880 Milne construye el primer sismógrafo 1884 Parson perfecciona la turbina a vapor |
| 1885 | 1886 Stevenson: <i>El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde</i> 1888 Kipling: <i>Cuentos de las colinas</i> | 1885 Dimite Gladstone 1886 Salisbury se enfrenta al problema irlandés 1889 Gran huelga en los muelles de Londres | 1887 Ford Madox Brown pinta <i>Dalton</i> 1889 John Ruskin: <i>Præterita</i> | 1887 Experiencia de Michelson-Morley 1888 Forest inventa el motor a gasolina |
| 1890 | 1890 Kipling: <i>La luz que agoniza</i> 1891 Wilde: <i>El retrato de Dorian Gray</i> | 1890 Se reforma la Royal Navy 1893 Fundación del Partido Laborista 1894 Cae Gladstone | 1893 Frances Macdonald pinta <i>Cautivo presagio</i> 1894 Aubrey Beardsley pinta <i>Capricho</i> | 1890 Berliner introduce avances en el fonógrafo 1893 Smith descubre que los parásitos pueden transmitir enfermedades |
| 1895 | 1895 Wells: <i>La máquina del tiempo</i> 1896 Yeats: <i>Poesías</i> 1900 Conrad: <i>Lord Jim</i> | 1895 Tercer ministerio Salisbury 1899 Comienza la guerra de los bóers | 1896 William Morris y Burne-Jones ilustran los cuentos de Chaucer 1898 Walter Sickert pinta <i>Aburrimiento</i> | 1897 Thomson descubre el electrón 1900 Sutton relaciona las leyes de Mendel y la citología |



Archivo Zandberg



Lorman/Archivo Salmer

compuso la colección de ensayos *Virginibus Puerisque* (1881); y cuando su padre murió, marchó a los Mares del Sur. En Valima se estableció por el resto de sus días, llegando a ser una especie de figura local. Fruto de aquella estancia fue *Cartas desde Valima* (*Valima Letters*), que muestran una personalidad cordial y atrayente, alerta a cualquier detalle curioso. Allí murió de un ataque de apoplejía sin poder concluir la novela *Weir of Hermiston*, el tres de diciembre de 1894 a los cuarenta y cuatro años.

Cabe añadir a los ensayos ya mencionados *Estudios Familiares de Hombres y de Libros* (*Familiar Studies of Men and Books*, 1882) que representan un avance desde el punto de vista crítico, no obstante el tono subjetivo y espléndido reminiscente de *Virginibus Puerisque*. *Memorias y Retratos* (*Memoirs and Portraits*, 1887) es una recolección de descripciones aparentemente inconexas pero hilvanadas por la nebulosa del recuerdo. Es sin lugar a dudas un documento de primera mano si alguien desea conocer los años de la primera juventud del autor transcurridos en Escocia.

Fuerza del horror

Sin embargo, donde Stevenson muestra la fortaleza de su genio es en las narraciones breves y las novelas. *Las Nuevas Noches Árabes* (*New Arabian Nights*, 1882) y *Los Hombres Risueños* (*The Merry Men*, 1877), colecciones de relatos urdidos sobre la descripción minuciosa de ambientes, pueden to-

Fotografía del creador de Sherlock Holmes, Sir Arthur Conan Doyle, y una portada alemana de *La muerte de Sherlock Holmes*, Stuttgart, 1917. Uno de los pocos casos de la historia literaria en que la criatura posee más realidad que el creador.

Lewis Carroll debe su celebridad al cuento Alicia en el país de las maravillas, pese a que era un matemático y un lógico de gran altura. Ilustración para una antigua edición de *La caza del Snark*.



Lorman/Archivo Salmer

James Mc Neil Whistler figura entre los pintores ingleses que enlazan el período romántico con el prerrafaelista. Niña de blanco, 1862, National Gallery of Washington (derecha).

avía encandilar a los aficionados a lo sobrenatural y lo fantástico. *Los Ladrones de Cadáveres* (*The Body Snatchers*, 1894) es un bello ejemplo de relato vigoroso ambientado en sórdidas tabernas, noches lúgubres y venganzas de ultratumba. Cuenta la historia del estudiante de anatomía Fette y el médico MacFarlane a quienes les compete el cuidado de los cadáveres suministrados por Burke y Hare, famosos asesinos de principios del siglo XIX. Intermediario entre éstos y la mesa de disección del Dr. Knox, célebre anatomista edimburgués, Fette no tarda en descubrir la criminal procedencia de la mercancía. Manteniendo el suspense hasta el final, Stevenson parece presentar una alegoría moralista contra aquellos que, con sus groseras operaciones, se atreven a desafiar el mundo del más allá. El humor negro hace su presencia en varios incidentes, por ejemplo, cuando un estudiante disputa a MacFarlane la cabeza de un muerto o en el momento en el que el autor parece darnos su opinión sobre las prácticas anatómicas en los hospitales: «Forzado el ataúd y rasgada la mortaja, los melancólicos restos, vestidos de arpillerá, después de dar tumbos durante horas por caminos apartados, privados incluso de la luz de la luna, eran finalmente expuestos a las mayores indignidades ante una clase de muchachos boquiabiertos».

Un carácter muy distinto lo ofrece el clásico de la literatura de aventuras *La Isla del Tesoro* (*The Treasure Island*, 1883), relato que combina una trama fantástica pero bien estructurada. Stevenson describe las inquietantes pesadillas de Jim Hawkins y la aventura en el tonel, con la ayuda directa de la memoria autobiográfica. *Secuestro* (*Kidnapped*, 1886) contiene algunas de las muestras más logradas de la recreación minuciosa y pintoresca de



Toda la vida social y política inglesa, durante el largo reinado de Victoria, giraba alrededor del Parlamento. La Cámara de los Diputados de Londres en 1882.

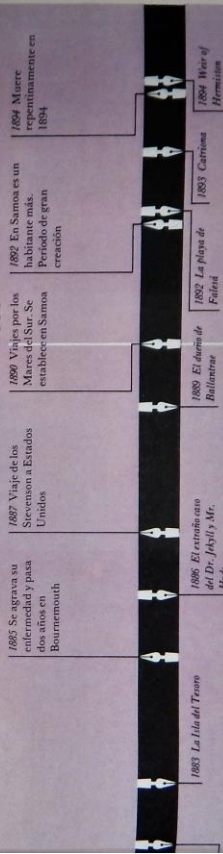


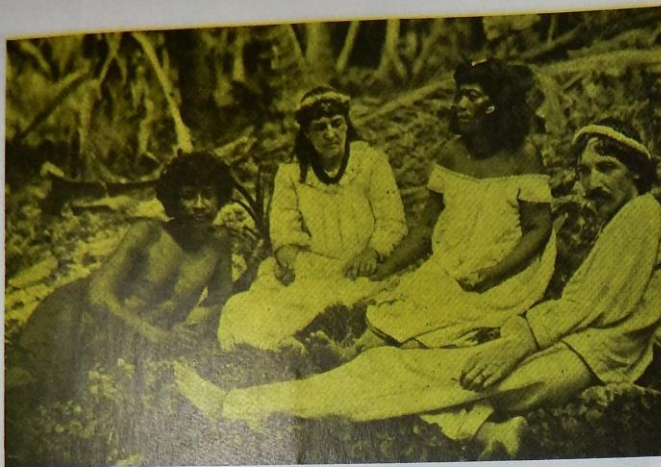
Verinder contempla con asombro que su prometido le roba una valiosísima y legendaria piedra preciosa. Desentrañar las motivaciones de este proceder, y recuperar lo robado ocupan la mayor parte del argumento. Cada una de las personas implicadas en el asunto cuenta lo que sabe. Un relato preliminar evoca el templo indio de donde el tío de Rachel se apropió de la joya. Otros incidentes complican la acción: el sospechoso comportamiento de uno de los sirvientes, la inesperada presencia de tres indios dispuestos a restituir el sagrado objeto a su lugar de origen y la personalidad un tanto voluble de la propia Rachel. Pero será la presencia del sargento Cuiff en la acción de la historia la que ordene el embrollado rompecabezas y ponga fin al intríngulis con admirable inteligencia y lógica aplastante. Dickens y Collins fueron los primeros en dar sustancia heroica a dos oficiales de la policía, y esta cualidad no se repetirá con excesiva frecuencia.

Si la intervención del sabueso Cuiff, en *La piedra lunar*, juega un papel decisivo para el esclarecimiento de los hechos, no menos importante para el feliz desenlace es el informe del experimentado médico Ezra Jennings. Con su intervención demuestra la inocencia del presunto culpable, gracias al estudio y consulta de *Fisiología Humana* (*Human Physiology*) comprendido de entonces. Su autor, John Eliotson fue un eminente investigador de la técnica de su tiempo y defensor del tranque mesmérico en las operaciones quirúrgicas, cuando el uso de los anesté-

sicos todavía no había sido aplicado. El respeto por la ciencia en la época victoriana era enorme. Así pues, un detective que, además de poseer una inteligencia fuera de lo común, resolviera los casos aplicando un implacable espíritu deductivo y a la vez fuera capaz de recurrir a los análisis químicos y a otros recursos científicos, tenía asegurado un público fiel. Este fue el caso de Sherlock Holmes, que no necesita comentarios. Pero Sherlock Holmes hace girar una página del género policiaco en la que el crimen y sus causas no interesa tanto como la inteligencia ordenadora del detective.

1890



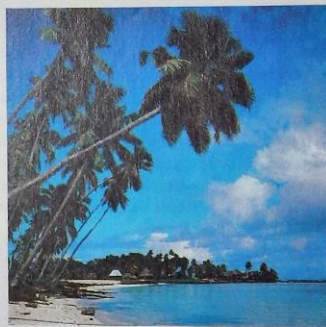


Pape/Archivo RBA

La fama de Sherlock Holmes sobrepasó a la de su creador, Sir Arthur Conan Doyle, quien había cambiado la profesión médica por la de escritor. Fueron las extraordinarias dotes deductivas de uno de sus profesores de la Universidad de Edimburgo las que, en parte, le ayudaron a delinear su universal personaje, amén de otros ingredientes: los propiamente literarios. Ya en *Los Crímenes de la Calle Morgue* (*Murders in the Rue Morgue*) del escritor norteamericano Edgar A. Poe, aparece el también célebre detective Dupin con una capacidad increíble para adelantarse al pensamiento de los demás. El novelista francés Emile Gaboriau fue el primero que tuvo la idea de sacar moldes de yeso de las pisadas y se le ocurrió poner el truco del reloj que marca una hora falsa. La perfección de Sherlock Holmes en el arte del disfraz ya la había

El matrimonio Stevenson con Nan Tok y Natakanti, rey y reina de Butaritari, en las Islas Gilbert, en 1890.

Una vista de playa en Samoa, lugar postrero de Robert Louis Stevenson, con su apariencia de paraíso terrenal.



Archivo Salmer

igualado Eugène François Vidoc, un antiguo delincuente que, por cierto, en 1811 ocupó la jefatura de la «Surêté» francesa. El gran acierto de Doyle fue poner junto al ingenio de Holmes la ingenuidad de un interlocutor: el Dr. Watson («Elemental, mi querido Watson»). Pero tampoco esto puede decirse que sea un estricto hallazgo de Doyle, ya que Poe y Gaboriau habían añadido a sus detectives unos colaboradores menos sagaces. Con todo y pese a estas influencias más o menos detectables, Sherlock Holmes y el Dr. Watson permanecen y permanecerán como los detectives por antonomasia, marcando hasta nuestros días las pautas de muchísimas parejas de sabuesos: Poirot y Hastings, Thorndyk y Jervis, Peter Wimsey y Bunter, entre otros. Es decir, toda una estirpe de personajes que han otorgado un perfil inconfundible a la literatura policiaca.

Jordi Lamarca

Doctor en Filología Inglesa.

Profesor de Lengua y Literatura

Inglesa en la Universidad Central de Barcelona.



Bibliografía en español

WAYNE C. BOOTH, *La Retórica de la Ficción*. Barcelona, Bosch, 1978.

JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS, Prólogo a *La Isla del Tesoro* de Robert L. Stevenson. Barcelona, Salvat, 1969.

EDWARD M. FOSTER, *Ensayos Críticos*. Madrid, Taurus, 1979.

DOIREANN MACDERMOTT, *La Otra Cara de la Justicia*. Barcelona, Plaza y Janés, 1966.

ESTEBAN PUJALS, *Drama, Pensamiento y Poesía en la Literatura Inglesa*. Madrid, Rialp, 1965.

GUDELIA RODRÍGUEZ, *Planteamiento Estético en la Novela de George Eliot*. Universidad de Salamanca, 1976.

RAMÓN SANGENÍS, Prólogo a *La Isla del Tesoro*. Barcelona, Fama, 1953.

LYS SANTA MARINA, Prólogo a *La Isla del Tesoro*. Barcelona, Industrias Gráficas, 1943.

FERNANDO SAVATER, Prólogo a *Virginibus Puerisque y Otros Escritos* de Robert L. Stevenson. Madrid, Taurus, 1979.

E. L. WOODWARD, *Historia de Inglaterra*. Madrid, Alianza, 1974.

* * *

Esta bibliografía incluye las obras más asequibles para el lector de lengua española. Sólo se mencionan textos en otros idiomas en los casos en que dichos textos se consideren imprescindibles.

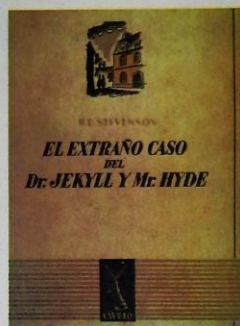
ROBERT LOUIS STEVENSON: El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Dos personas distintas en una misma esencia: El Dr. Jekyll y Mr. Hyde; una acción sin precedentes en los anales de la literatura: las transformaciones sicológicas que la exagerada adoración de la ciencia acarrea a uno de sus más fieles devotos. Un tema eterno —la duplicidad que sustenta la vida: el bien y el mal— son los elementos conjugados en este relato que excitó la imaginación de los victorianos con la misma intensidad con que continúa haciéndolo hoy. Symons, un amigo de Stevenson, le escribió a propósito de esta obra: «El arte es palpitante e intenso... Ahora entiendo lo que quieren decir cuando te llaman duende».

Haciendo caso omiso de las advertencias de otros sabios, Jekyll encamina la investigación científica por los derroteros de la medicina trascendental. Y, en efecto, las ciencias esotéricas le prueban dos cosas: ser superiores a las empírico-rationales de su tiempo y que el bien y el mal tienen raíces fisiológicas. A cambio de estos dos logros, Jekyll pagará un alto precio. El noble científico, mudando de estatura, piel y voz, y desplegando una inusitada energía muscular, se convierte, cual excrescencia del propio organismo, en una especie de recesión evolutiva que lleva por nombre Mr. Hyde.

Tal vez acudan a la mente del lector las imágenes de la metamorfosis físico espiritual del médico londinense, difundidas hasta la saciedad por el cine y la televisión, pero que,

en ningún momento, desmienten la fuerza evocadora y el encanto mágico del texto. Nunca hasta entonces la ficción había sabido expresar con tanta intensidad y en un número relativamente escaso de páginas la lucha denodada entre el vicio y la virtud. La animalidad aparece consustancial al hombre, dispuesta, como el ave fénix, a resurgir victoriosa de entre las cenizas de la racionalidad. Hasta las investigaciones recientes de la biología, el hombre ha sido considerado como un ser en que la parte racional se superpone a otra instintiva y primitiva; las fron-



Portada de una edición de El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde, de 1942 (Biblioteca de Cataluña), y una foto del novelista acompañado del rey Kalakalla en Hawaii.



teras entre una y otra, muy a menudo, se interpolan cuando no se confunden, como en el caso del noble Dr. Jekyll. Esta parábola parece tener algo de anticipación y de advertencia. Y algo de ironía hay en el personaje stevensoniano: no obstante la bestialidad recuperada, la vileza de su comportamiento y la crueldad de sus actos, Mr. Hyde jamás renuncia al confort de la civilización victoriana.

Interesante es conocer de qué manera se gestó *El Extraño Caso...* porque ello ayudará a entender y disfrutar mejor la obra. La biografía del autor nos remite inmediatamente a los impulsos procedentes de los estratos soterrados y fértiles de la mente. Stevenson —muchos le llaman «el hombre de estilizada figura buscador de la salud»— soñó parte de la historia en una noche de pesadillas. Tres días tardó en escribir el primer borrador, que no gustó a su esposa por el exceso de sensacionalismo. Emprendió, entonces, el comienzo del segundo y definitivo manuscrito, que concluyó con la misma brevedad. En su juventud había tenido sueños donde se escenificaba la vida real como la misma vigilia. Esta especie de doble vida terminó cuando el médico le recetó un fármaco. Por otra parte, los procesos por los que un ser humano puede convertirse física y mentalmente en otro distinto preocupaban a Stevenson, y quedó impresionado al ver cómo el alcohol y la enfermedad habían alterado el cuerpo y la mente de su amigo Walter Ferrier.



134 El extraño caso es una de las pocas narraciones victorianas en que el protagonista es un científico. Al parecer el Dr. Jekyll profundiza en el estudio de los procesos fisiológicos que tienen lugar en el cuerpo humano, «por encaminarse sus gustos más hacia la química que hacia la anatomía», dice el narrador refiriéndose a las ta-

reas del sabio en el cuarto episodio titulado «El incidente de la carta», para acto seguido entrar en el laboratorio: «Paseó la mirada en torno suyo experimentando una desagradable sensación de extrañeza al ver aquella sala de disección antes poblada de estudiantes ávidos de entender y ahora solitaria y silenciosa, las mesas

cargadas de aparatos destinados a la investigación química...». En éste como en el pasaje que descubre la pócima causante de la metamorfosis del doctor, la economía de los medios narrativos no impide que la escena se pinte sola. Stevenson, lejos de toda minucia descriptiva, da los elementos precisos para que todos y cada

uno de sus lectores recreen, según su propia experiencia, el ambiente y los personajes en los que inserta su historia.

En 1883, tres años antes de la publicación de este relato, Wilkie Collins publicó la novela en tres tomos *Corazón y Ciencia*. El protagonista es el fisiólogo Dr. Benjulia, megalómano sometido a la servidumbre de la ciencia. Su relación con los demás viene determinada por la observación distanciada y objetiva; cualquier método, por cruel que sea, le parece justificable si con él llega a realizar sus propósitos con mayor celeridad. El retrato que hace Wilkie Collins no induce al equívoco: es la descripción de un siniestro personaje que se extiende a lo largo de tres páginas. En cambio, Stevenson tan sólo dedica unas cuantas líneas a la apariencia física de Jekyll: los rasgos necesarios para suscitar las simpatías del lector. La acción de la historia se encargará, no obstante, de descubrir la verdad que las apariencias encierran: «Era hombre de unos cincuenta años, alto, fornido, de rostro delicado, con una expresión algo astuta, quizá, pero que revelaba inteligencia y bondad».

Poppe/Archivo RBA

Finalmente, puede decirse sin exageración que *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* es, en efecto, una de esas raras joyas de la literatura que por la universalidad del tema y la precisión estilística parece tener un puesto asegurado entre los clásicos de la prosa inglesa.